



IOS

Marisa Carnesecca parpadeó y se conectó a su lista de correo. El djinni implantado en su cabeza cambió de función sin sobresaltos, proyectando todas las palabras en su nueva córnea Ganika de manera que pareciera que flotaban en el aire frente a ella, llenando así la habitación de letras débilmente iluminadas. El ícono para su carpeta de correo spam estaba en rojo y titilaba. La vació de inmediato, sin siquiera preocuparse por ver qué correos había dentro. La bandeja de entrada mostraba dos correos nuevos de su madre y cinco provenientes del Supramundo. Seguramente, la mayoría fuesen avisos publicitarios, pero también era probable que hubiese algunos

mensajes de fans de los *Cherry Dogs*. Los revisaría más tarde. Había también dos correos de Olaya, que era la computadora del hogar. Marisa abrió la carpeta y vio la misma demanda para acceso a lavandería repetida dos veces. Suspiró y miró el caos a su alrededor. Había pasado un tiempo, debía admitirlo. Vio una botella de Lift en la mesa de noche, la tomó y bebió un largo trago.

Un par de noches atrás había conocido a un muchacho muy agradable en una discoteca, pero su djinni contenía tantos anuncios publicitarios automáticos que Marisa ni siquiera aceptó su link identificador. Simplemente lo había anotado en un papel, como se hacía en los viejos tiempos; pero ahora el papel había quedado enterrado en algún lugar en esa pila de ropa. No podía dejar que ingresara el dron de limpieza hasta que hubiese revisado todos los bolsillos.

Cerró esa carpeta y buscó en otra, mientras intentaba relajar los hombros. Su cuello estaba torciéndose hacia la izquierda otra vez, donde sus músculos biológicos se conectaban con su prótesis de Jeon. Levantó el brazo artificial y separó los dedos frente a sus ojos... El brazo había sido el regalo para sus 17 años, tan solo unos meses atrás. Era mecánico, por supuesto, pero también fino y elegante. Un gran avance luego de su viejo SuperYu.

En la parte inferior de la lista de correos había un mensaje de Bao, donde le recordaba que se pusiera en contacto con él cuando terminase su práctica. Lo abrió para obtener su

número. No podía hacerlo a través de un ID porque Bao no poseía un djinni, sino un antiquísimo teléfono con un número viejo. Marisa reía cada vez que lo veía. Le hacía acordar a su abuela. Mantuvo el video de la llamada apagado mientras buscaba unos pantalones para ponerse.

Bao tardó unos treinta segundos en responder.

–Hola, Mari.

–Hola. ¿Estás en la escuela?

–Me llevó un minuto salir del salón.

–Si te colocaras un djinni, como cualquier persona normal, no necesitarías siquiera salir del salón de clases –lo regañó Marisa mientras husmeaba en una pila de ropa vieja.

–Necesitaba un descanso de todas formas. ¿Ya has terminado con tu práctica?

Marisa examinó una camisa, pero luego la descartó. Estaba demasiado arrugada.

–Sahara decidió terminar la práctica temprano, todo gracias a que soy una verdadera genio.

–Vi el posteo. Parece que has destrozado el juego una vez más.

–¿Ya está en línea? –sonrió Marisa.

–Es solo una oración. Anuncia que habrá un gran video muy pronto. ¿Qué es lo que hiciste? ¿Corrompiste el vestuario una vez más?

–Corrompí uno de los dispositivos –explicó Marisa al tiempo que encontraba unos jeans oscuros y tiraba de ellos para quitarlos de la pila–. Aunque ni siquiera estoy segura de si en verdad lo corrompí. Fue tan solo una partida afortunada.

Por lo que sé, *era su intención* que comenzáramos a lanzar los drones centinela.

—¿Lanzar drones? Eso quiero verlo.

Marisa dividió su visión y así obtuvo la transmisión en vivo del video de Sahara.

Su amiga estaba sentada en su escritorio immaculado. Su nuli cámara miraba por encima de su hombro mientras sus dedos volaban por toda la pantalla táctil, editando y rearmando el posteo como un video destacado. Llevaba unos pantalones de yoga y una camiseta. Su cabello espeso estaba recogido en una cola de caballo, muy distinta a como se veía en su avatar de gala, pero aun así tremendamente adorable. Marisa sacudió la cabeza.

—¿Cómo es que siempre luce tan bien? Estuvimos conectadas durante tres horas y no dormimos en toda la noche, ¡y luce como si recién le hubiesen arreglado el cabello!

—Estoy seguro de que tú también luces genial —respondió Bao.

Marisa miró su propia camiseta tamaño extra grande y luego se miró en el espejo con una mueca algo incómoda.

—Luzco como si estuviese escondiéndome del gobierno, o algo así —su cabello oscuro parecía un nido de ardillas; las puntas las tenía teñidas de rojo, eran unos diez centímetros más o menos, algo que lucía bastante bien cuando el cabello estaba lacio, pero ahora solo hacía que la maraña de pelos pareciera aún más grande. Se pasó la mano por el cabello, intentando alisarlo un poco, pero dio con un nudo y gritó del dolor. Se

rindió por el momento y comenzó la búsqueda de una camisa limpia—. ¿Sabes lo que creo que es? —le dijo a Bao—. Creo que lo hace todo antes de que comencemos con la práctica. Nadie puede tener ese aspecto lindo de recién salida de la cama con tan solo... salirse de la cama.

—¿Vendrás hoy a la escuela? —preguntó Bao.

Marisa se encogió de hombros.

—No creo. Puedo hacer la mayor parte en línea, y el resto... técnicamente, también.

—No puedes alterar todas tus calificaciones.

—Claro que sí —dijo Marisa con una sonrisa pícaro—. A menos que estés insinuando que *no debería* alterar mis calificaciones. En ese caso, podrías tener algo de razón —encontró una blusa negra, más elegante de lo que necesitaba pero lo único presentable que había en su habitación. Tendría que permitir que el nuli de lavandería ingresara en su cuarto cuanto antes—. ¿Tienes hambre?

—Podría comer algo.

Marisa volvió a parpadear para comunicarse con Olaya mientras se abotonaba la camisa. Observó la lista de familiares: sus padres estaban en el restaurante y sus tres hermanos estaban en la escuela... O al menos habían registrado su entrada en la escuela. Marisa había aprendido a burlar el GPS de su djinni cuando tenía 13 años, y era probable que sus hermanos hubieran hecho lo mismo. Aunque ninguno de ellos parecía ser de ese tipo. Sandro, tal vez... Era un genio con el manejo de hardware, pero jamás se atrevería a hacerlo.

Marisa terminó con su vestimenta y volvió a mirar la botella de Lift.

–No he comido nada hoy. Solo bebí unos pocos sorbos de refresco. ¿Almorzamos juntos temprano?

–Dame veinte minutos –respondió Bao.

–Eso es lo mínimo que necesitaré para lidiar con este cabello antes de rendirme y rasurarlo.

–Tu madre te asesinaría.

–Mi padre lo haría primero.

–Treinta minutos, entonces –dijo Bao–. ¿En el Saint Johnny?

–*Exactamente* –respondió Marisa–. Nos vemos allí.

Terminó la llamada y volvió a atacar su cabello, pero esta vez con un cepillo. Maldijo por lo bajo en tres idiomas mientras desenmarañaba los nudos. Metió los pies en un par de zapatos bajos mientras cepillaba su cabello y echó una última mirada a la habitación. ¿Le faltaba algo más? El ID del muchacho que había conocido en la discoteca estaba en algún lugar en medio de todo ese lío. Si tan solo pudiera recordar qué pantalones había llevado aquel día. ¿O había usado una falda? Hizo un esfuerzo por recordar, y se dio cuenta de que ni siquiera era capaz de pronunciar el nombre del muchacho. Se encogió de hombros y abrió la puerta, riéndose mientras el nuli de lavandería encendía su motor y comenzaba a recoger la ropa, yendo de una pila a la otra como un robot cachorro sobreestimulado. No necesitaba la identificación del muchacho. Si ni siquiera sabía cómo mantener alejados de su djinni los anuncios publicitarios, ¿cuán interesante podía resultar?

Era como si aquel nuli motorizado pudiera pensar por sí mismo. Recogía cada camiseta y cada sostén y par de pantis analizando y calificando todo de manera eficiente y colocándolos en canastos separados. Pero todo era una ilusión de programación eficiente. De hecho, cada prenda en la casa estaba marcada con un chip RFID, y era eso lo que el dron leía. Los drones llevaban a cabo instrucciones exactas sobre cómo lavar las prendas, cómo doblarlas y dónde colocarlas. Era un buen sistema... cuando funcionaba. El año pasado, su gato, Tigre, había arañado un jersey hasta destrozarlo y el pequeño chip RFID se le había quedado incrustado entre el pelaje. Después de ese episodio, decidieron no tener más gatos.

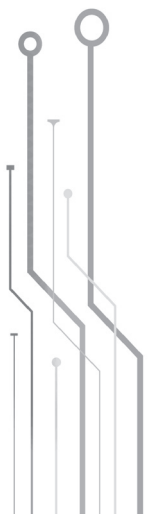
Marisa luchó con su cabello durante otros cinco minutos. Mientras tanto, había conectado su djinni al espejo del baño para leer los foros del Supramundo en HD. La gente ya estaba hablando del lanzamiento del dron luego de un video que había sido posteado por los mismísimos Salted Batteries. Pero aún era una historia relativamente menor. Las noticias más importantes tenían que ver con los campeonatos regionales que acababan de finalizar en Oceana, con Xx_Scorcho_xX haciéndose acreedor de la copa. Nada sorprendente hasta allí. Aparentemente, los Flankers iban a la cabeza, algo de lo que Fang había estado hablando las últimas semanas y sobre lo que tenían que pensar. Los campeonatos estadounidenses comenzarían en dos semanas, pero los Cherry Dogs aún no estaban a ese nivel. Algún día, se dijo a sí misma, pero no aún. Sin embargo, habían llegado al Campeonato de Jackrabbit,

una especie de liga menor. Si les iba bien allí, tendrían su oportunidad en algún torneo más importante en la segunda mitad del año. Marisa echó un vistazo a los resultados del torneo de Oceana hasta que su cabello estuvo más o menos preparado para ser exhibido en público, y luego se desconectó para quitar el foro del espejo y devolverlo a su djinni, y poder seguir leyéndolo mientras caminaba.

El pasillo olía a tortillas frescas y humo de cigarrillo, una combinación tan contradictoria y a la vez tan familiar para Marisa que no pudo evitar sonreír. Era su *abuela*, a quien no había visto conectada en la computadora madre porque ella no tenía un djinni; y tenía que haber sido eso, pensó Marisa, porque la mujer jamás abandonaba la casa. Siempre sabían dónde estaba: preparando algo en la cocina. Marisa deseó poder tomar una *tortilla* caliente recién salida del horno, pero sabía que su *abue* la cargaría con una o dos tareas apenas la viera, así que se deslizó por la puerta trasera. La viejita no podía ver muy bien y su audición era incluso peor. Logró pasar sin ser vista y salió a la calle.

30

Los Ángeles en 2050 era una mezcla frenética de pasado y futuro; era uno de los últimos grandes centros de negocios que quedaban de pie en los Estados Unidos, y solían estar más interesados en construir cosas nuevas que en reparar las viejas. Las calles estaban repletas de autotaxis y sillones rodantes, con una red entrecruzada de trenes magnéticos e hipersubterráneos que llevaban y traían pasajeros de todas partes del país. Edificios de acero, concreto y bioparedes tapaban las colinas



y los valles como si fuesen una cortina espesa, y los árboles solares brillaban verdes y negros en las azoteas. Sobre ellos, el cielo estaba repleto de nulis que zumbaban por el aire en un millón de direcciones, hasta que la ciudad entera parecía un enjambre de abejas de polímetro de cientos de formas y tamaños.

Marisa vivía en El Mirador, un vecindario mediano que ardía bajo el sol caliente al este del centro de la ciudad. No era un vecindario de ricos como el de Anja, pero tampoco era un lugar de gente indigente. Grandes zonas de L.A. habían pasado a ser zonas marginales, pero El Mirador aún persistía.

Una de las razones de la tenacidad de El Mirador apareció en la calle. Un fantasma oscuro en la visión periférica de Marisa: el contorno oscuro e inconfundible de un Dynasty Falcon. Don Francisco Maldonado era el hombre más rico de El Mirador y ayudaba a conservar la paz gracias a su pequeño ejército de sicarios privados que solo viajaban en autocarros Dynasty. Con la mayor parte del trabajo policial a cargo de drones remotos, los agentes de Maldonado eran casi tan rápidos como la ley misma, y claramente mucho más solícitos... Aunque Maldonado tenía en su bolsillo incluso la ley, todo gracias a su hijo mayor, que trabajaba para la estación de policía local. El Falcon no aminoró la marcha cuando pasó por delante de Marisa, pero ella supo que el hombre allí dentro le estaba dedicando una larga e intensa mirada. No había nadie en el mundo que Don Francisco odiara más que al padre de Marisa.

Marisa frotó su brazo prostático y siguió caminando.

El restaurante de su familia quedaba casi a un kilómetro y medio de su casa y era fácil llegar caminando, incluso bajo el calor sofocante. Hasta hacía dos años habían vivido detrás del restaurante, en un apartamento que estaba conectado a él, pero su padre había hecho algunos ajustes y había ahorrado el suficiente dinero como para mudar a toda la familia a una nueva casa tan pronto como pudo. Sahara se había mudado a aquel viejo apartamento poco tiempo después. Jamás dijo por qué dejó la casa de sus padres, y ella nunca le preguntó. Los padres de Marisa tampoco indagaron demasiado, y simplemente creyó que sus padres lo habían visto como una oportunidad para terminar siendo una buena influencia para la amiga de su hija. Sahara pagaba las cuentas y mantenía calificaciones altas en el colegio, así que todo funcionaba bien. Marisa supuso que ella no llegaría a almorzar, sabiendo que estaría tan ocupada con el video y sus charlas con los medios, así que todo salió bien. La vida de Sahara era una transmisión en vivo las veinticuatro horas, y Marisa necesitaba dedicarle un poco más de tiempo a su cabello antes de que todos en Internet pudieran verla.

El djinni de Marisa sonó con una llamada de su madre. Se conectó para responder.

—Hola, mamá.

—Escucha, *chulita*. Olaya me informó que habías abandonado la casa. ¿Estás yendo a la escuela?

—Estoy a mitad de camino de casa. ¿Tienes chilaquiles?

–¿Para el desayuno? *Ay, muchacha*, es por eso que no tienes novio. ¿Quién va a querer besarte con ese aliento?

–*Ah, mami* –Marisa puso sus ojos en blanco.

–¿Harás tu tarea en línea, entonces?

–Por supuesto.

–Le diré a *papi* que comience a hacer tus chilaquiles. ¿Qué ordenará Bao?

–¿Cómo sabes que vendrá Bao?

–Soy tu madre, Marisita. Lo sé todo.

–Entonces tú sabes mejor que yo qué es lo que quiere –dijo riendo–. Nos vemos en un rato.

Marisa finalizó la llamada y esperó en una esquina bastante transitada mientras observaba los autocarros zigzaguear en la calle.

Cada escaparate por el que pasaba escaneaba el ID de Marisa en su djinni, lo comparaba con su perfil comercial y llenaba sus vidrieras con anuncios personalizados para la muchacha. La mayoría de las personas obtenían sus propios pop-ups directamente en sus djinnis, pero Marisa había bloqueado esos pop-ups hacía ya muchos años. Lo último que necesitaba era un cupón de dos por uno en un cambio de estilo de cabello bloqueándole la visión. El amplio escaparate frontal de una tienda de ropa mostró una imagen de Marisa sacada de algún lugar de la Net; había alterado la foto colocándole su modelo más nuevo de gafas de sol y exhibió la imagen en HD para que toda la calle lo viera: “¡En venta! ¡A solo ¥20/\$123!”. Marisa se detuvo a mirar y su imagen 3D

seguía rotando. Estaba bastante segura de que habían afinado su cintura también durante la alteración automática de la foto, solo para que el vestido se viese más atractivo. Inteligente, pero de mal gusto. Por un momento consideró hackearlos a través de su línea de Wi-Fi y mostrar alguna imagen políticamente escandalosa usando el mismo vestido, solo como venganza; pero simplemente rio y siguió caminando. No valía la pena perder el tiempo con esas cosas.

El restaurante de la familia se llamaba San Juanito, en honor a la ciudad mexicana donde su padre había vivido de niño. Aún era temprano para el almuerzo, ni siquiera eran las once, pero las luces estaban encendidas y la pizarra de anuncios ya se encontraba capturando los distintos ID de los transeúntes para ofrecerles los especiales del día. La pizarra identificó a Marisa tan pronto la muchacha se acercó unos metros, reconociéndola como un habitué del lugar, y la saludó por su nombre.

“¡Bienvenida nuevamente a San Juanito, Marisa Carnesecca! ¿Quisiera una horchata gratis?”.

Marisa entró en el restaurante y se topó con su madre, que estaba de camino a una de las mesas, llevando con mucho cuidado una bandeja con botellas de agua.

–*Buenos días, mami* –le dio un beso en la mejilla–. ¿Ya está aquí Bao?

–Está en la mesa 12 –Guadalupe de Carnesecca era una mujer alta y grande, de piel oscura y con el cabello teñido de un leve rubio rojizo–. ¿Cómo estuvo la práctica?

–Se pone mejor con cada juego. ¿Estás sola hoy?

–El resto está en la escuela –dijo la señora–, a menos que quieras colocarte un delantal y ayudarme a servir las mesas.

Marisa sacó la lengua y fingió ahogarse. Su madre usaba a los niños como meseros siempre que podía, y ella odiaba eso.

–¡Cómprate un nuli y problema resuelto! Somos el único restaurante en el mundo que aún emplea meseros humanos.

–Y nuestra clientela aprecia ese toque personal –respondió la madre–. Ahora ve a sentarte. Estaré contigo en un momento.

La mujer se retiró y entregó las botellas de agua en una de las mesas del fondo. Marisa intentó recordar cuál de todas era la mesa 12. Aun cuando era tan temprano, el restaurante comenzaba a llenarse de gente, y Bao era lo suficientemente habilidoso –y lo suficientemente maldito– como para esconderse en medio de una multitud... Una habilidad muy útil cuando tu manera de alimentar a tu familia es robar de los bolsillos de los turistas en el centro de Hollywood. Luego de un momento, Marisa se rindió. Revisó el diagrama en la computadora del restaurante y caminó derecho hacia él.

–Bien hecho –dijo Bao con una sonrisa. Era mitad chino y mitad ruso, y tenía rasgos de ambas nacionalidades que le permitían mezclarse con cualquiera de ellos sin ningún problema. Vestía solo ropa negra, como Marisa; pero mientras la ropa de ella había sido diseñada para que llamara la atención, la de él había sido diseñada para pasar inadvertido. Si él no te encontraba con sus penetrantes ojos, entonces era probable que jamás notaras su presencia.

–Hice trampa –admitió Marisa.

–Estoy asombrado.

Marisa bebió un poco de agua. El hielo había hecho que el vaso transpirase y se empapara por fuera. El impacto con sus labios le dio escalofríos.

–¿No te atraparon cuando abandonaste la escuela?

–Me insultas.

–Jamás entenderé cómo lo haces. La seguridad allí es muy estricta. Es como una prisión.

–La seguridad *digital* es estricta –dijo Bao–. Intenta pasar por cualquier puerta en ese edificio con un implante digital y cincuenta guardias de seguridad se enterarán de inmediato. Pero cuando eres el único en la escuela sin un djinni, suelen olvidar que los anticuados ojos pueden ser mejor que eso.

Marisa asintió con la cabeza y tomó otro sorbo de agua helada. ¿Cuántas veces ya habían tenido esta conversación?

–Hablo en serio. ¿Qué clase de persona hoy no tiene un djinni? Es casi como no tener... como no tener pies.

–Algunas personas no tienen pies.

–Pero no por elección propia. Un djinni es un teléfono, una computadora, un escáner, una tarjeta de crédito... Es la... ¡Es la llave para entrar a mi casa! Un djinni es todo. Tú y mi *abue* son los únicos en Los Ángeles sin un djinni.

–Jamás he sentido la falta de un djinni.

–¡Te cambiará la vida, Bao! ¡De verdad!

–Hablando de todo un poco... ¿Has visto las noticias?

–Scorcher ganó las regionales de Oceana –asintió Marisa.

–No. Me refiero a las noticias de verdad. La Fundación está protestando en contra de la nueva planta que Ganika comenzó a construir en Westminster.

–Supongo que deberíamos haberlo visto venir. ¿La compañía más grande fabricante de djinnis en el mundo y un grupo militante de anti-cibernéticos? Suena a un dúo creado en el paraíso.

–No tanto un “grupo”, sino una “asociación terrorista”. Y están aquí, en L.A. ¿No te provoca nada de miedo?

–Están lejos, en Westminster –respondió Marisa, y levantó un dedo–. Y no es que no me importe que estén haciendo volar a la gente por los aires solo porque están lejos de aquí. En verdad espero que nada de eso suceda. Y, si llegara a suceder, que los atrapen luego. Pero me reservo el derecho de verme sorprendida cuando los terroristas cometen actos de terror. Eso es exactamente lo que ellos quieren. Sería como estar jugando de su lado de la pista.

–Voy a suponer que esa es una metáfora relacionada con el Supramundo.

–*Exacto*. Si dejamos que La Fundación dictamine los términos de...

–Déntete ahí –interrumpió Bao rápidamente y en voz baja, y Marisa supo de inmediato que algo estaba mal–. Esto me suena a problemas.

Marisa siguió la mirada de Bao por encima de su propio hombro y hasta el frente del restaurante, donde vio a tres jóvenes de camisetas largas y amplias, con sus cabellos

recogidos en colas de caballo bien ajustadas. Dos de ellos tenían brazos biónicos; y, a saber por su ostentosa apariencia, puede que hubieran sido fabricados por Aceros Detroit. Uno del lado izquierdo; y el otro, del lado derecho. El tercer hombre, que estaba de pie entre los otros dos, era casi esquelético, y su rostro estaba cubierto de tatuajes de cráneos ornamentados.

–Es *La Sesenta* –dijo Marisa, identificando a los pandilleros. *La Sesenta* era la pandilla residente de El Mirador, y verlos aquí ahora significaba un problema mucho más grande de lo que incluso Bao podía imaginar–. *Mierda...*

–¿Conoces a alguno de ellos?

–El más delgado se llama Calaca –murmuró Marisa–. Es uno de los miembros más importantes de la pandilla –los tres muchachos estaban parados justo en la entrada, sondeando el restaurante como si estuvieran pensando en comprarlo. Su aspecto le provocaba a Marisa escalofríos en todo el cuerpo.

–No se permiten pandillas aquí –dijo Guadalupe en voz alta, dirigiéndose con total firmeza y sin miedo a los pandilleros desde el otro lado del restaurante. Marisa sintió cómo su corazón daba un salto tras oír a su madre gritar de aquella forma; el resto de los comensales también había notado la presencia de los tres muchachos y una ola nerviosa de murmullos se propagó por todo el restaurante–. Nada de pandillas, nada de armas. No queremos problemas.

–Sí, señora –dijo Calaca. Sonrió, y quedó en evidencia que la mitad de sus dientes eran de acero–. Es exactamente la razón por la que estamos aquí. Nosotros tampoco queremos

problemas –su acento era fuerte, pero resultaba gracioso que su dicción fuera tan correcta–. El problema es que el hombre en quien usted confía para mantenerla fuera de problemas está haciendo un trabajo muy malo, tal como nuestra presencia en este lugar lo indica.

–¿De qué habla? –preguntó Bao por lo bajo.

–Mis padres les pagan a los Maldonado por protección –respondió Marisa también entre susurros.

–¿De veras?

–Todo el mundo lo hace. Es la única razón por la que este vecindario aún no se ha convertido en un mero cráter bajo el mando de estos *chundos* –Marisa se puso de pie–. Debo hablar con mi madre y calmarla antes de que haga que le disparen.

–Siéntate –dijo su padre severo detrás de ella, saliendo como un rayo de la cocina.

Carlo Magno era más bajo que su esposa, y más ancho también. Pero no era obeso. Era fuerte y musculoso. Debía haber estado cortando carne, porque su delantal estaba manchado de sangre. Se lo veía feroz e imponente y Marisa agradecía que hubiera dejado su cuchilla en la cocina. La empujó suavemente y la hizo sentar en su silla otra vez. Luego se dirigió a los pandilleros, con fuego en los ojos.

–¡Los quiero fuera de mi restaurante!

Marisa conectó con la policía y envió un mensaje pidiendo ayuda.

–Como le expliqué a su mujer –dijo Calaca–, solo queremos...

–He llamado a los agentes de Maldonado –anunció él.

–Digamos que fue una pobre decisión de su parte –contestó Calaca–. No les caemos muy bien a ellos, y a mis compañeros no les agradan ellos tampoco; si la policía se hace presente y comienza a demandar cosas irracionales, uno de los lados podría (y digo “podría” porque es bastante incierto también) abrir fuego contra el otro bando. Y si su restaurante queda atrapado en medio de la balacera, le aseguro que será muy malo para su negocio... y esta vez sí se lo aseguro porque, llegado ese punto, dicho desenlace será inevitable.

–Les pagamos para que nos protejan –dijo el padre de Marisa con desenfreno–, y ellos te pagan a ti para que te alejes de nosotros.

–Ellos nos “pagan” –dijo Calaca, mirando a los matones que estaban detrás de él. Se volvió a dirigir a Carlo Magno–. Disculpe mi precario inglés, ya que no es mi lengua madre. “Pagan” está en tiempo presente, lo que implica que usted supone que los Maldonado actualmente (es decir, regularmente) están pagándonos una determinada cantidad de dinero para que los dejemos tranquilos. ¿Es eso lo que quiso decir? Porque yo habría usado el tiempo pasado y habría dicho: “Ellos *solían pagarles* para que nos dejen tranquilos”. La cruel verdad que me temo usted no tuvo en cuenta es el hecho de que han dejado de pagarnos, lo que significa que ya no los están protegiendo, y esa es la razón por la cual mis amigos y yo hemos venido aquí hoy para magnánimamente ofrecernos a realizar el trabajo que los Maldonado y sus agentes han decidido abandonar.

—¿Mi hijo los incitó a hacer esto? —quiso saber el padre de Marisa.

—¿Se refiere a Sandro? —susurró Bao.

—No —contestó Marisa, mientras le hacía una señal con la mano para que se callara—. Te lo explicaré más tarde —apenas podía respirar, rogando que la policía llegase pronto para ahuyentarlos. Miró a los clientes y pudo ver el miedo en sus rostros. Si esos *cholos* no estuviesen bloqueando la puerta, todos ellos ya habrían salido corriendo del restaurante.

—¿Se refiere a Chuy? —preguntó Calaca—. Es un buen tipo; pero si cree que es quien lleva las riendas en La Sesenta, tiene un muy precario entendimiento de cuál es su rol entre nosotros. Él tiene una especie de posición administrativa...

—¿Intentas impresionarme? —Carlo Magno dio un paso hacia delante, fulminando con su mirada a los pandilleros—. Él significa menos para mí que tú; y si tú, él o cualquier otra persona de tu pandilla vuelven a presentarse en mi restaurante, les daré una paliza como jamás habían visto desde que sus madres pusieron...

Los dos matones biónicos tomaron sus armas de debajo de sus camisetas. Eran enormes pistolas plateadas con aceleradores magnéticos; sus cañones brillaban intermitente y ominosamente. Marisa dio medio paso hacia delante, pero Bao la detuvo y la volvió a echar hacia atrás.

—Es demasiado peligroso —murmuró él.

—Van a matarlos —respondió Marisa.

—Quédate aquí —insistió Bao—. Solo intentan asustarnos. No nos harán daño.

La puerta principal se abrió y unos agentes de Maldonado ingresaron al restaurante. Llegaron a ver a los pandilleros con sus armas preparadas, pero mantuvieron la calma.

–Calaca –dijo el primer oficial–, ¿hay algún problema?

–Nosotros no tenemos problemas con nada, señor –respondió Calaca, sin quitar sus ojos del padre de Marisa–. Ni problemas ni preocupaciones de ningún tipo. Pero el señor Carnesecca tiene algunos cuestionamientos respecto de la calidad de la protección que le han brindado últimamente. Solo estábamos enseñándole nuestras armas, en caso de que estuviera interesado en armarse de manera similar a la nuestra, tal como es su derecho constitucional en esta gran nación –hizo una señal con un dedo y los matones de La Sesenta volvieron a colocar las armas en su lugar. Calaca se dio vuelta para dirigirse a los oficiales–. Si, por el contrario, ustedes quisieran charlar con él y su mujer sobre cómo podrían mejorar la calidad de su servicio de protección a través de otros medios, eso nos ahorraría varios problemas también.

El oficial primero parecía estar a punto de explotar, pero no pronunció palabra. Calaca sonrió, satisfecho.

–*Señor... Señora* –Calaca saludó con una inclinación de cabeza a los padres de Marisa, y luego lanzó una mirada lasciva hacia ella–. *Señorita*.

Su padre dio un paso hacia delante y apretó los puños, pero Calaca y los dos matones pasaron junto a los oficiales y luego salieron por la puerta. Todos en el restaurante parecieron dar un gran suspiro de alivio al unísono, y varios clientes se

apresuraron a recoger sus cosas y partir rápidamente. Marisa se apartó de Bao y se enfrentó a los oficiales.

–¿Quieren explicar lo que acaba de suceder? –les preguntó Carlo Magno.

–Lamentamos mucho no haber podido llegar antes –dijo el oficial primero.

–Esto no debería haber ocurrido –señaló Marisa–. Dijeron que ustedes ya no les están pagando para mantenerlos alejados. ¿Es verdad eso?

–Tendrán que hablar con Don Francisco –respondió el oficial primero.

–¿Qué están haciendo con nuestro dinero? –preguntó Guadalupe.

–Me temo que tendrán que hablar con Don Francisco –repitió el primer oficial–. No sabemos más de lo que ustedes saben, pero no es la primera vez que sucede esto en el día de hoy. Lo lamento mucho.

Los agentes dieron media vuelta y se marcharon, seguidos por una columna de clientes aterrorizados.

–No se vayan ahora –los llamó Guadalupe, desesperada–. ¡Ellos ya no están aquí!

–Debemos hablar con los Maldonado –dijo Marisa–. No podemos permitir que esto...

–Mantente alejada de ellos –ordenó Carlo Magno–, y de estos también. La policía, La Sesenta, todo. Y vuelve a la escuela, *ahora*.

–¿La escuela? ¿Es una broma? Necesitamos...

–Necesitas ir a la escuela y mantenerte alejada de todo esto –gritó el padre.

Marisa se echó hacia atrás, asustada por el tono que había usado su padre. El rostro del hombre se suavizó cuando vio el miedo en el de su hija, y entonces negó con la cabeza, lamentándose.

–Te amo, *papi* –dijo ella, dando un paso hacia delante para abrazarlo.

–Y yo te amo a ti, Mari –la abrazó con fuerza–. Yo te amo a ti. No sé qué está sucediendo, pero... No te perderé como perdí a Chuy. Prométeme que tendrás cuidado.

–Lo prometo –asintió Marisa.

